

mente aborrecido: se dejó sentar como para beber, y cuando el hombre se acercó, lo rechazó con la mano: otras veces daba las gracias con mucha cortesía á los criados que le daban el mal atole de arroz: lo del aceite de camíbar basta para hacerme revolcar de desesperación hasta en la sepultura: figúrate qué será en la cama."

Después pinta en estos términos sombríos todos los sentimientos que se agolpaban á su imaginación; todos los cargos que injustamente se hacía por haberse hallado postrado por la fiebre en el instante de la muerte de su hermano: "Lo que más me desespera, es que ya para morir, como yo estaba con un acceso de calentura no pude estar con él: fuí un cobarde en dejarme postrar; el infeliz sintió que se acercaba el momento porque lo ví como queriendo hablar ó llorar, y talvez se creyó abandonado de su hermano! Merezco morir ahorcado, descuartizado, punzado y estoy por aborrecerme yo mismo: todo esto me quita el sueño y la salud, que ya no vale nada, y solo me consuela la idea de morir un poco más abandonado que Juan."

Y por último, queriendo desahogar de algún modo en el seno de la amistad, el cúmulo de recuerdos, de desilusiones y de presentimientos que le rodean, continúa así lamentándose de la suerte, y mezclando apóstrofes que arrancan lágrimas de compasión. "Parece que la suerte se ha propuesto martirizarme por todos los lados sensibles; pero no importa por lo que hace á mí; mientras viva un resto de la familia, tendré valor para llevar á cuevas eso que se llama vida. En mi libro de extractos me encontré, para alivio de penas, uno que Juan hizo en la Antigua, sin que yo lo supiera, de un trozo de Byron sobre morir en la juventud y empieza: "El que muere joven es querido de los dioses." Tú recordarás sus ideas sobre el particular, que las lágrimas de la familia por causa de este viaje cambiaron enteramente. Pobre Juan! descansa, infeliz, en tu mala sepultura: á mi vuelta estarán tus huesos junto á mi cama en tu propia casa que no volviste á ver! Yo creo que mi cabeza se trastorna algo al hablar de estas cosas: creo que

erré la vocación con venir al mundo, pero en fin, veamos en qué pára esta historia, que en mi niñez esperé que compusiera un romance heroico y que lleva visos de ser muy triste. No son todas tan desagradables como la mía, y aunque las hay mucho peores en la apariencia, no lo son en la realidad, á menos que haya en el mundo otra persona que sienta como yo."

Concluye esa interesantísima carta encargándole que no se moleste en ir á Granada: diciéndole que si se vuelve por el camino real, espera encontrarle en el Guapinol ó en Cujiniquilapa para tomar siquiera de allí otro camino que no sea el mismo que pasó con su hermano: y que va á hacer el esfuerzo de escribir á la familia un poco sobre otras materias menos interesantes por no comunicarle la atroz tristeza que se ha desplomado sobre él.

No he podido abstenerme de copiar casi totalmente íntegra esta carta, porque como antes he indicado, retrata mejor que cualquiera otra pieza la idea que Batres tenía de su desgracia y de una especie de fatalidad negra que como nube de tempestad envolvía su cabeza. En las obras cuyo destino es que vean la luz pública, pueden aparecer disfrazados de algún modo los sentimientos y las ideas del escritor. En una carta enteramente privada, de la naturaleza de la presente, destinada á quedar para siempre en el santuario íntimo de la confianza, escrita con el abandono de la confianza y con la franqueza á que dan lugar la amistad y el parentesco, sin ninguna preparación ni artificio, y de la que jamás se imaginó el autor que hubiera de llegar á noticia del público, no es posible ningún disimulo ni ficción: la verdad aparece allí limpia, clara y sin afeites, como la imagen que se retrata en la superficie tranquila de un lago cristalino.

VI

Abrumado de pesares dejó Batres el desierto de San Juan, teatro de sus terribles padecimientos y volvió á Guatemala

más taciturno y melancólico que nunca. Si antes no reía jamás, después no se le vió ya ni sonreír: el recuerdo de su infeliz hermano le entristecía á todas horas, y el tiempo apenas ejercía su benéfica y providencial influencia para suavizar las hondas penas de su alma. Cuando siente alguna vez que aquel pesar no es tan intenso, como que trata de disculparse, atribuyéndolo á un efecto natural, y como que experimenta algún remordimiento. Cuando dice:

Lo que entretanto Don Alejo hacía
Era estar recostado en un escaño
Rendido á su dolor ¡quizá dormía!
¡Vosotras lo extrañáis? Yo no lo extraño.
Si una pena durase todo un día
Tan cruda como empieza, haría un año
Que no saliera un verso paréado
De mi cráneo vacío y horadado,

es indudable que dominaba al poeta el mismo sentimiento que á Corina cuando exclamaba: después de la pérdida de lo que más amábamos en el mundo ¿cómo podemos sentirnos satisfechos de nosotros mismos, sino viviendo en el retiro más completo? Basta vivir en sociedad para descuidar en cierto modo el culto de los que ya no existen. ¡Triste condición de la naturaleza humana es esa necesidad de distracción, y aunque la Providencia haya querido que fuésemos así para poder soportar la idea de nuestra muerte y la de la muerte de los demás, á veces en medio de esas distracciones nos sentimos como punzados por el remordimiento de ceder á ellas, y parece que una voz resignada, pero melancólica y conmovedora nos dice: ¿me estáis olvidando ya, vosotros á quienes yo amé siempre tanto?

Después de su regreso y cuando se había tranquilizado un poco ya su espíritu, escribió "Las falsas apariencias" y escribió también "El reloj," que no pudo terminar porque

antes de concluir la segunda parte le vino á sorprender la muerte. Durante ese tiempo desempeñó también los cargos de Corregidor del Departamento de Amatlán, en donde escribió la graciosa parodia de la composición intitulada "La campana de la agonía," publicada por D. José María Urioste, y tuvo además en la Asamblea el ejercicio de la Representación Nacional como Diputado por San Marcos. Como Corregidor ó Jefe Político, trabajó con afán por la prosperidad del distrito territorial que se confiaba á su patriotismo: cumplió sus deberes con exactitud; y respetuoso de la ley, respetó siempre los derechos y garantías de los ciudadanos, entendiéndolo que la posición en que se hallaba colocado, lejos de autorizarle para cometer el más pequeño abuso, le obligaba por el contrario, á ser más estricto en el cumplimiento de sus obligaciones. Fué uno de aquellos empleados que consideran el empleo como el desempeño de un verdadero servicio de responsabilidad, y que no se creen en virtud de él superiores al derecho y á la voluntad de los demás, sino delegados y mandatarios constituidos para promover el bien general.

Durante el tiempo que estuvo como Comandante, fué siempre el cariñoso amigo de sus soldados: visitaba á menudo el hospital á donde eran trasladados los que enfermaban, y á pesar de la exigüidad de su sueldo y de que no tenía abundancia de recursos propios, lo distribuía casi todo entre su tropa por vía de socorro. Concurrió como Capitán de Artillería á la defensa de esta ciudad en los días 18 y 19 de marzo de 1840, y conserva su familia, con la medalla á que se refiere, la patente en que el Jefe del Estado de Guatemala, con motivo de ese servicio, le declaró merecedor de la gratitud pública, y le concedió en 21 de mayo de 1840 el uso de la medalla de honor mandada batir en virtud del art. 4.º del decreto de 22 de marzo del mismo año, y cuya leyenda dice en el anverso: *Al mérito y valor,* y en el reverso: *En los días 18 y 19 de marzo de 1840.*

Como Espronceda, Batres fué diputado, pero lo mismo que aquél, no brilló ni hubiera brillado nunca en la Asam-

blea, porque no estaba su teatro allí donde habían de sujetarse á cierto orden y disciplina que no les dejaba desenvolver su personalidad tal como era, ni había en Batres el desenfado, la despreocupación, la abundancia de palabra y la soltura de movimientos del orador parlamentario, ni tenía tampoco la fiebre de la pasión política que transforma algunos organismos y suple muchas veces la falta de esas condiciones. Fiel al empleo que desempeñaba y á la confianza que de él se hacía, no tomaba otra participación activa y calorosa en lo que se llamaba la política militante. En ésta, lo mismo que en literatura, aplaudía lo bueno y censuraba lo malo donde quiera que lo encontraba, sin prevenciones ni injusticias, reconociendo que en todas partes puede encontrarse honradez, dignidad y buena intención, y que en todas partes donde se encuentren son dignas de estima y de respeto, sin que haya motivo para canonizar todos los actos de un partido, sólo porque sean de éste, ó para condenar á la execración todos los de otro partido, sólo porque sea enemigo. Sus ideas en filosofía, en política y en religión eran las de un hombre independiente é ilustrado, que quiere respeto para sus opiniones y respeta al propio tiempo el derecho y la conciencia de los demás; que no cree que haya título para arrancar sus creencias á los otros, como no lo hay para imponérselas á él. Lo mismo que un conocido publicista y literato chileno, profesaba la doctrina liberal de la moralidad, del cumplimiento del deber, de la sumisión á la ley y del respeto al derecho ajeno, sin arrogarse por eso la facultad de decir como los sectarios de Mahoma: "Cree ó te mato," ni la de negar el agua y el fuego á sus adversarios. Profesaba la verdadera tolerancia en que cabe el derecho de todos, no la falsa tolerancia de los que en nombre de ella, más intolerantes y sobre todo menos lógicos y disculpables que los inquisidores de quienes reniegan y á quienes imitan, condenan á la hoguera á todos los que no creen lo que creen ellos, á los que no piensan como piensan ellos, á los que no quieren lo que ellos quieren. Profesaba la justicia que distribuye á cada uno lo que le pertenece, sin aten-

der á la posición ni á los colores políticos: profesaba la libertad que no se cifra en el sometimiento servil de los demás á la arbitrariedad; y profesaba la República en que todos efectivamente tienen parte según sus aptitudes y sus méritos, en que no se crean y reconocen privilegios y desigualdades de hecho, que servían más irritantes que las que sancionan las instituciones de un régimen que las consiente: en que la ley está por encima de todos, y es un crimen sobreponerse á ella; y en que la verdadera política consiste en el derecho de todos, en el fomento y en la administración de los intereses de todos, en el impulso de las empresas y en el ensanche de los medios para la producción de la riqueza y la satisfacción de las necesidades y de la comodidad, y no en la lucha eterna de rivalidades y pasiones y en la suspicacia constante de los unos contra los otros.

No podía satisfacerse, pues, con los sistemas y los procedimientos que observaba, ni podía de ellos recibir la inspiración que le enardeciera para subyugar en la tribuna con apasionados acentos. Por otra parte, Batres era más bien reservado y encogido; su palabra no era fácil ante un auditorio numeroso que no fuera de su confianza, y cuyas simpatías no estuvieran aseguradas de antemano; así es que nada de extraño tendría lo que se me asegura, que lejos de hacer un papel brillante en el Congreso, hiciera su corteidad que no correspondiese á lo que todos con razón esperaban de sus talentos. Esta circunstancia, y sin duda alguna, otra circunstancia más poderosa pero ignorada, ya que su carácter no era dado á nimiedades ni pequeñeces, hicieron que después no perdiera ocasión alguna de satirizarlo, en conjunto y en los Diputados de que se componía, algunas veces de la manera más vehemente. En "Las falsas apariencias," y aludiendo á la iniciativa que el Gobierno hizo en 5 de diciembre de 1842 para cambiar el escudo de armas del Estado, pintándose en él un caimán "por ser una bestia regional de estos países;" con motivo de los dictámenes que á este propósito se emitieron y de las discusiones que hubo en que se propuso que se pintaran también unas colme-

nas para indicar las industrias ó productos del país, asunto que quedó terminado con el decreto de 26 de octubre de 1843, exclamaba dirigiéndose á Guatemala:

El brillo de tu gloria vi empañado
 Por los traidores que tu seno encierra,
 Y vi escupir en tu blasón dorado,
 Y vide hollar tu pabellón por tierra.
 Más de un Gobierno, más de un Diputado,
 En vez de hacerte bien, te hicieron guerra
 Y quisieron pintar, ¡oh escarnio crudo!
 Lagartos y colmenas en tu escudo.

En "El Reloj," hablando del de Don Alejo, y escapándosele, por la medida, una falta grave en el penúltimo verso, dice:

Digo que fué *sonado*; pero ruego
 Que no por la campana se presuma
 Que yo de intento con las voces juego,
 Sino que al paso se me fué la pluma.
 Un juego de palabras desde luego *
 Se sufre en un Congreso; mas en suma,
 Hace muy poco honor á cualesquiera
 Que tenga alguna sal en la mollera.

Describiendo el enojo de Don Alejo contra sí mismo, se lee esta estrofa:

Lengua de Barrabás, que en los pasados
 Tiempos, para mentir falsos amores,
 Veloz en gabinetes y en estrados
 Parecías redoble de tambores,
 A manera de ciertos diputados
 Que quisieran pasar por oradores:

¡Cómo diablos ¡oh lengua! enmudeciste
 Hoy que decir una verdad quisiste?

A propósito de una interrupción en el relato que iba haciendo, aprovecha la oportunidad para estas otras alusiones:

Por abreviar mi tarda narración
 Voy á cortarla aquí: como el Congreso
 Que teniendo una ley en discusión
 Para darla más presto entra en receso.
 Cumple así cada cual su obligación
 Al público aliviando de un gran peso:
 El Diputado, el de su inútil dieta,
 Y el de algunas estrofas el poeta.

Y después de unos versos tan sentidos como aquellos en que dice que no lava con lágrimas las llagas de la patria porque á fuerza de llorar han quedado secos sus ojos, y en que describe la extraña situación de su fantasía risueña unos instantes y luego oprimida por indecible tristeza, continúa con estos versos:

Propongo este dilema: ¿es un entero
 Nuestra imaginación? Es un quebrado,
 (Entiéndame quien pueda) ó es un cero?
 Cero no puede ser por de contado:
 Ni se vaya á pensar que me refiero
 A la tesorería del Estado
 Cuando de ceros hablo: ni se crea
 Que aludo á lo que hizo la Asamblea.

Por fortuna y de todos modos, para la gloria de Batres nada importa que no haya sido orador ni hombre político,